

# Córdoba y Malaspina: antropología y política ilustrada en Patagonia y Tierra del Fuego

## *Córdoba and Malaspina: Enlightenment's anthropology and politics in Patagonia and Tierra del Fuego*

Pedro NAVARRO FLORIA

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Argentina)  
navarronicoletti@ciudad.com.ar

Recibido: 15 de mayo de 2002  
Aceptado: 2 de septiembre de 2002

### RESUMEN

Los viajeros científicos de la Ilustración española hicieron de la observación etnológica de los indios de la Patagonia un motivo científico legitimador de los propósitos políticos de su tarea. Incluyeron a ese extremo del imperio en las clasificaciones evolucionistas de las civilizaciones, distinguiendo entre indios salvajes, bárbaros y civilizados, y en función de ese gradualismo propusieron un redimensionamiento del espacio imperial.

### PALABRAS CLAVES

Antropología  
Ilustración  
Patagonia  
Tierra del Fuego  
Evolucionismo

### ABSTRACT

The political purposes of Spanish Enlightenment were legitimated behind the ethnologic observation about the indians of Patagonia by the scientific voyagers. This frontier of the Empire was included in the evolutionist sortings of the civilizations distinguishing between *salvajes*, *bárbaros* and *civilizados* indians, so that the imperial space was resized.

### KEY WORDS

Anthropology  
Enlightenment  
Patagonia  
Tierra del Fuego  
Evolutionism

**SUMARIO** 1. Leyenda, realidad y desencatamiento de los gigantes patagones en la época de la Ilustración. 2. El descubrimiento científico de los indígenas de la Patagonia. 3. Una necesidad política: fijar los límites del Imperio. 4. Conclusión. 5. Referencias bibliográficas

El imaginario colectivo admite aún hoy que la guerra contra el indígena que despobló el Sur argentino, entre 1875 y 1885, se libró contra un enemigo salvaje e inadaptable a la sociedad dominante, a quien era necesario eliminar para poder incorporar grandes espacios al mercado nacional. Esa concepción se alimenta en fuentes que en su momento —la etapa formativa de la antropología— fueron la ciencia generalmente aceptada.

El conocimiento científico de los indígenas de la Patagonia y Tierra del Fuego se inició con el registro caótico de datos por parte de viajeros europeos, y hacia fines del siglo XVIII, con la crítica de esa información y las primeras hipótesis evolucionistas generadas en la comparación etnográfica de las culturas. La *ciencia metropolitana* española —encarnada en las expediciones de Córdoba y de Malaspina— estudió a los «patagones» y «fueguinos» en función de los intereses coloniales y elaboró una primera clasificación distintiva de salvajes y bárbaros; y esa imagen evolucionista de las civilizaciones funcionó como legitimadora de decisiones políticas: en el momento en que se construyó esa visión, la decisión central fue abandonar la Patagonia; un siglo después, sería conquistarla.

### 1. Leyenda, realidad y desencantamiento de los gigantes patagones en la época de la Ilustración

Tradicionalmente se ha defendido que la *Descripción de la Patagonia* del jesuita Thomas Falkner (Falkner 1774)<sup>1</sup>, publicada en Inglaterra, inició los estudios científicos del hombre patagónico. Sin embargo, no hay allí un trabajo que refleje el estado de las ciencias del hombre a fines del siglo de la Ilustración, hasta el paso por la Patagonia de las expediciones de Antonio de Córdoba y de Alejandro Malaspina, que podemos considerar partes de una misma iniciativa.

En la introducción a la *Relación* (1788) del primer viaje de Córdoba (1785-1786), los responsables declaran la intención de seguir el modelo inglés de registro de datos sobre la navegación, y de participar de un nuevo modo en la competencia internacional. Con la decadencia general de España —se alega— todas las naciones comenzaron a publicar sus viajes, al punto de que Cook llega a dudar de la autenticidad de los viajes españoles del siglo XVI, aún inéditos.

El resultado del develamiento propuesto y del uso del mejor instrumental científico inglés y de la biblioteca de Malaspina, cedida gentilmente, sería la reivindicación de las «glorias» españolas. Desde su planteamiento inicial a fines de 1788, el viaje de Malaspina «alrededor del mundo» buscaba también algo que queda claro por las palabras que usa el comandante: «emulación», «progreso», «investigación», «descubrimiento» (Malaspina y Bustamante Guerra 1788: 1). Emulación de Inglaterra y Francia «siguiendo las trazas de los señores Cook y La Pérouse», que han emprendido una «noble emulación» entre ellos. Emulación para la cual España no estaba preparada: sí en cuanto a la posibilidad de reunir un grupo de científicos capa-

<sup>1</sup> La mejor edición castellana se titula *Descripción de la Patagonia y de las partes contiguas de la América del Sur*, y fue publicada en La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 1910, y Buenos Aires, Hachette, 1974. Sobre el impacto de Falkner en la política española hacia la Patagonia, ver Navarro Floria 1994.

ces—que, de todos modos, fueron mayoritariamente extranjeros: Malaspina italiano, Néé francés, Brambilla italiano, Haënke húngaro—, no en cuanto a sacar fruto de sus investigaciones.

La «investigación del estado político de América» que proponía Malaspina (Malaspina y Bustamante Guerra 1788: 2) incluiría el «estado del comercio», «su facilidad o dificultad para resistir una invasión enemiga», «la situación de los puertos», las «construcciones o producciones navales», y la investigación «reservada» de los establecimientos rusos e ingleses en los confines del imperio español. El itinerario original no incluía la Patagonia continental sino las Malvinas y Tierra del Fuego (Malaspina y Bustamante Guerra 1788: 3), pero los expedicionarios demostraron verdadera apertura a las novedades, y ya desde su entrada al Río de la Plata notaron discrepancias entre sus previsiones y la realidad de la inmensidad de América. Entonces decidieron explorar la costa patagónica, sin abrir juicio explícito aún sobre su abandono por la administración colonial en 1783. Para Malaspina:

«el clima, el abrigo y la seguridad de la navegación sobre aquellas costas, son otros tantos incentivos para que en lo venidero las frecuenten con menos recelo, así los buques que navegan al Perú, como los que en las épocas felices y no muy distantes de la Monarquía, abracen los varios objetos de la pesca con toda aquella extensión de la cual es capaz y puede refluir tan extraordinariamente hacia el bien público y la opulencia nacional...» (Malaspina 1789-1794: 160 y 181).

Si bien advirtieron las dificultades que presentaban Puerto Deseado y la boca del río Negro (Malaspina 1789-1794: 165), el acercamiento a la naturaleza patagónica fue vivido por Malaspina como alejamiento del mundanal ruido y con un verdadero esteticismo neoclásico.

Dentro de esa percepción de la naturaleza debemos incluir a los indígenas. Como indica el título de la *Relación* del viaje de Córdoba, un punto tenido en cuenta era el de los habitantes del estrecho de Magallanes: «su división en Patagones e Indios», etc., y la cuestión de «si convendría poblar en un Estrecho donde la naturaleza y el hombre sólo vegetan y ésto lentamente» (*Relación* 1788: XI). Entre los preparativos de su viaje, Malaspina tuvo la precaución de consultar sobre el punto a un prestigiado conocedor de América. En dos extensas cartas (Malaspina 1938: 12ss) a Antonio Ulloa, Malaspina plantea una lista de cuestiones sobre diversos temas, de las cuales nos interesan dos. La cuestión 12<sup>a</sup> contrapone dos tipos humanos patagónicos, que se propone estudiar, esbozando ya su adhesión a la hipótesis de la degeneración:

«Sobre las costumbres de los patagones y de los indios pecharis [*sic*], tan robustos y sociables aquellos como éstos endeble y, digámoslo así, los más infelices de la especie humana, no omitiremos tampoco aquellas indagaciones que las ocasiones, los encuentros y nuestro alcance nos digan.» (Malaspina 1938: 18).

La cuestión 22<sup>a</sup>, por fin, se pregunta si sería suficiente con mostrarles y ofrecerles a los hombres de la Patagonia «cascabeles y algún galón falso» (Malaspina 1938: 22) para atraer su

simpatía. Estas eran las ideas básicas, mezcladas con la duda permanente acerca de la verdadera estatura de los «gigantes patagones» y por lo tanto acerca de su verdadera naturaleza, que portaban los viajeros de la Santa María de la Cabeza y de la Descubierta y la Atrevida. En perfecta consonancia con la ciencia etnológica de la época, compartían la idea del buen salvaje —encarnada en los «patagones»— junto a la del salvaje-salvaje<sup>2</sup> —encarnada en los fuéguidos— que han llegado a ese estado por «degeneración», proceso cuyo resultado es la «infelicidad», entendida en un contexto iluminista como inadecuación del hombre a un entorno natural apropiado y gobernado racionalmente<sup>3</sup>.

Finalmente, cuatro breves datos de contexto. En primer lugar, señalemos la estrecha relación entre la evolución de la ciencia del XVIII y la de la situación colonial. En la coyuntura de la crisis de los imperios coloniales ibéricos, la historia natural se erige como posibilidad de recomponer un orden a través de sus sistemas clasificatorios de recursos, tierras, rutas comerciales, hombres, etc. (Pratt 1992: 38, 57 y 64). En segundo lugar, esa ciencia admitía criterios evolucionistas provenientes de «otros ambientes no sustentados directamente por el estudio de la naturaleza» (Monge Martínez 1992: 703), a través de conceptos como los de progreso, utilidad, etc. Eran ideas ya planteadas por el relativismo cultural de los dominicos y jesuitas españoles-americanos (Pino 1978) y de los utilitaristas británicos (Gordon Childe 1973: 10)<sup>4</sup>. Se comenzaba a incluir imperceptiblemente el tiempo junto al espacio como factor diferenciador en la *scala naturae*. En tercer lugar, si bien la explicación evolucionista tendía a subrayar la animalidad del hombre físico, y por lo tanto su unicidad, hay una serie de importantes consecuencias no científicas del trabajo científico. Todavía la ciencia del hombre se encontraba en su fase etnológica, centrada en la preocupación de demostrar la superioridad del hombre blanco europeo y legitimar la situación colonial (Mateo 1991: 16-17).

## 2. El descubrimiento científico de los indígenas de la Patagonia

El carácter cada vez menos elitista del saber de la época, hizo que la repercusión del descubrimiento antropológico se diera en un ámbito relativamente más extenso que dos siglos antes, y en el contexto de un paradigma científico de bases racionales. Sin embargo, los objetivos pri-

---

<sup>2</sup> Representaré con ese término la idea del salvaje irredimible, que se contrapone claramente a la del *bon sauvage* elaborada por la Ilustración, aunque frecuentemente haya que deducir la diferencia por el contexto, porque los textos de la época usan los términos salvaje o bárbaro sin más matices, para cualquier indígena.

<sup>3</sup> En la controversia filosófica española por la conquista de América, se distinguen tempranamente quienes sostienen el concepto aristotélico clásico de barbarie —del cual se derivan necesariamente la subordinación y la «esclavitud natural» de los indios— de quienes, como Las Casas y Vitoria, buscan formular un derecho común universal (*ius gentium*). Una tercera línea interpretativa arraiga en el milenarismo y utopismo franciscano de Mendieta, Motolinía, etc. De Vitoria y los dominicos de la Escuela de Salamanca, los grandes cuestionadores de la empresa americana, deriva la interpretación jesuítica de Suárez y Acosta, culturalmente relativistas y por lo tanto impugnadores de toda relación interétnica jerárquica. La «historia moral» de Acosta es una historia común de la cultura humana, que va saliendo gradualmente de la barbarie y la idolatría.

<sup>4</sup> En realidad, la obra de Ferguson, filósofo escocés de la escuela del *common sense*, es de 1767. La fuente de información de Gordon Childe parece ser Radcliffe-Brown, *American Anthropologist*, XLVIII (1946): 233ss.

meramente políticos —y aún limitados a lo geoestratégico— de los llamados «viajes científicos» operaron un efecto de mediatización en las observaciones y en las conclusiones sacadas de ellos. En el siglo XVIII, el saber adquirido valía en el contexto de la ciencia de la época, pero para sus administradores políticos —los expedicionarios mismos, y quienes los enviaban y recibían— ese conocimiento era *políticamente útil*. Estas circunstancias dotan a los conocimientos adquiridos acerca de los habitantes de la periferia americana de una repercusión y de una significatividad que no habían tenido, hasta el momento, las observaciones propias de la historia «natural y moral» de las Indias. Al mismo tiempo, cierta continuidad de los instrumentos explicativos —los términos de «barbarie» y «salvajismo»; las clasificaciones graduaristas— nos debe hacer recordar que los hombres de fines del siglo XVIII no iban a América al hallazgo de algo desconocido sino para *la asignación de racionalidad y utilidad a algo que ya había sido hallado hacía mucho tiempo*. Y esa razón de utilidad, finalmente, funcionaría, desde el siglo XVIII, como criterio de legitimidad para el sometimiento de los pocos indios que quedaban libres.

El contingente de Antonio de Córdoba tuvo varios encuentros con los pobladores del estrecho de Magallanes. En diciembre de 1785 en el cabo Virgenes (boca oriental del Estrecho) y en marzo de 1786 en la bahía San Gregorio (*Relación* 1788: 20-22-25 y 50) los expedicionarios departieron amablemente con grupos numerosos de tehuelches, comieron, bebieron y fumaron con ellos e intercambiaron objetos<sup>5</sup>. Pocos años después, Malaspina y sus oficiales también tuvieron dos encuentros con los tehuelches, bien descritos en su diario de viaje (Malaspina 1789-1794: 166-169 y 173-178), en Puerto Deseado. El contacto, según declara el comandante, buscaba «trabar, si fuese posible, una correspondencia amistosa con los patagones». Algunos de los indígenas conocían un poco del idioma y las costumbres españolas.

«En general, eran todos —incluso mujeres y niños— de una cuadratura agigantada. La talla era inferior a aquella proporción, pero naturalmente alta. El cacique Junchar, medido escrupulosamente por don Antonio Pineda, tenía de alto seis pies y diez pulgadas de Burgos. La anchura de hombro a hombro era de veintidós pulgadas y diez líneas.

Sentados ya en cerco, y desechada por una y otra parte toda desconfianza, empezó a explayarse el deseo innato en el hombre, de querer conocer más de cerca a su semejante» (Malaspina 1789-1794: 167).

<sup>5</sup> El hábito de fumar entre los tehuelches, registrado ya por Byron y Bougainville en la década de 1760, tendría un sentido de hospitalidad. Cfr. Martinic 1991. Hace falta aclarar el uso que haré en este trabajo de los nombres de los distintos pueblos indígenas. El criterio adoptado —sin duda arbitrario— es el de recurrir a las denominaciones que aparecen con más frecuencia en el uso común de la lengua; en definitiva, los nombres más conocidos por el mayor número de lectores. En este caso, que no incluye el área más problemática de la Patagonia norte y de la Pampa, las observaciones y minuciosas descripciones de los viajeros no dejan dudas acerca de la adscripción de los grupos observados a las grandes agrupaciones o «pueblos» indígenas conocidos desde mucho antes y estudiados, en algunos casos, en su propia tierra hasta el mismo siglo XX. Así, prefiero *tehuelches* a *aonikenk* o a *tehuel'shon*, pero también al muy impreciso de *patagones*; uso *onas* antes que *selk'nam*, o *chonos* antes que *wayteca* o *guaitecas*, o *huilliches* antes que *veliches*, *inantúe* o *votünmapu*. Para el caso de los pueblos del oeste y sur de Tierra del Fuego, menos conocidos, adopto los nombres de *yámanas* y de *qawáshqar*, más abarcativos que *yaganes* y *alacalufes*. Me fundo para estos últimos en Cárdenas et al. 1993: 49 y 55.

Entablaron una relación cordial que incluyó las largas conversaciones que luego se volcarían en la confección de un «Diccionario de la lengua patagona», paralelamente con las medidas que tomaban de su estatura, como para asegurarse de que no eran los gigantes descritos por viajeros anteriores. En el contexto explicativo de la incipiente ciencia del hombre, y ante las minuciosas medidas que toman los expedicionarios de 1789, es evidente que el interés científico, si bien despojado de las exageraciones que hubieran devuelto el tema al terreno de lo fantástico, reaparece resignificado por la antropología de fin del XVIII. Los tehuelches no habían sido olvidados, sino que volvían a interesar, ahora desde otras preguntas<sup>6</sup>.

Cada vez que los expedicionarios de la Descubierta y la Atrevida se encontraron con los tehuelches, se separaron «después de recíprocas aseguraciones de la amistad más estrecha»; observando «el genio pacífico de los patagones»; los regalos «arraigaron de tal modo nuestra amistad recíproca, que fue fácil sacar sus retratos, y la conversación se trabó larga e interesante». A través de ese diálogo amistoso, dicen los expedicionarios: «advertimos... pruebas nada dudosas de una subsistencia más bien mezquina e incierta en todos esos contornos». El segundo encuentro parece haber sido más rico en experiencias interesantes para los europeos. Vieron fumar y beber a los indios, cosa que evidentemente no hacían por primera vez y que debían al contacto con los blancos<sup>7</sup>. Al despedirse, una joven tehuelche se incomodó en su pudor ante la curiosidad de los españoles que la miraban montar a caballo:

<sup>6</sup> Idea sostenida por Schillat (1993: 64-65): «Solamente en este contexto [de interés renovado de las potencias europeas por los recursos del Atlántico Sur] se entiende por qué John Byron hizo revivir la vieja leyenda de los gigantes patagones». Según Schillat, después de Cook «el interés británico se concentró otra vez en la posible ocupación de Tierra del Fuego y la fortificación de las islas Malvinas, ya ocupadas. Al mismo tiempo se hicieron obsoletas las observaciones sobre la talla de los autóctonos patagónicos, dado que la discusión sobre si eran o no gigantes de verdad ya no brindaba ninguna ventaja. Así entonces el mundo se olvidó de los tehuelches».

<sup>7</sup> Esta misma observación se repite en términos más generales en el manuscrito definitivo sobre las costumbres de los tehuelches (Malaspina MS 1795): los europeos ven en ellos «no pocos grados de propensión a la vida sociable», lo que se atribuye a que habían vivido cerca del establecimiento de Puerto Deseado. Dos trabajos ya añosos se ocuparon en la Argentina de estos manuscritos de la Colección Bauzá, con un interés básicamente filológico (Outes 1913; Lehmann-Nitsche 1914). Debemos a Outes la presencia de copias del manuscrito en el Museo Etnográfico de la Universidad de Buenos Aires. Otras tres descripciones de los tehuelches de Puerto Deseado, versiones anteriores a la definitiva de la British Library, se conservan en el Museo Naval (Madrid) y fueron publicadas en la Argentina (Priegue 1971). Priegue atribuye los dos primeros —«Descripción de los patagones» y «Noticias sobre los patagones y Puerto Deseado»— a los primeros apuntes tomados por Antonio Pineda, basándose en concordancias con el diario de navegación, y el tercero —también «Descripción de los patagones»— a una redacción posterior de su hermano Arcadio. En este último caso (Priegue 1971: 7) se destacan una expresión más cuidada y el agregado de una introducción acerca de los antecedentes de Byron y Bougainville y de las fuentes de información, aunque no deja de ser un borrador, con tachaduras y puntos inconclusos. El trabajo más exhaustivo sobre estas fuentes es el de la española Marisa González Montero de Espinosa (1992), una encendida defensa de lo que habría sido una «ciencia neutra» española, carente de toda otra intencionalidad más allá de la mera curiosidad. A la luz de las observaciones de carácter político y de la esmerada presentación del manuscrito de la Colección Bauzá (Londres), que seguimos nosotros, podemos afirmar que se trata de la versión más avanzada existente de la documentación de Malaspina, que resulta evidentemente de la revisión y recomposición por el comandante de los escritos anteriores de sus expedicionarios.

«Un grado tan sobresaliente de honestidad entre un pueblo casi desnudo y bárbaro, no puede menos de producir en el filósofo moral y amante de nuestra especie, algunas reflexiones que la vistan, tal vez a sus ojos, con unos colores menos viciosos y propensos, naturalmente, a la vida brutal» (Malaspina 1789-1794: 178).

En esa naturaleza había, para la mentalidad de Malaspina, una armonía intrínseca, armonía a descubrir mediante la sensibilidad y la representación pictórica de entornos simbólicos, barrocos. Representación que, para el caso de los indios, está perfectamente ejemplificada en la lámina de José del Pozo titulada «Reunión amistosa de los patagones con los tripulantes de la Descubierta»<sup>8</sup>, en la que se representa un conjunto en actitud equilibrada y pacífica. La felicidad pública postulada repetidas veces por el comandante, resultaba ser la adecuación de la ley, de lo político, a la armonía dictada por la naturaleza. Adquirir una «idea cabal» de la situación era el primer paso: conocer América. En ese contexto, el «hallazgo» científico de la Patagonia como escenario natural al que el europeo iba a maravillarse, como región que podía aportar lo suyo al proyecto nacional español, generó la necesidad de profundizar en su conocimiento.

La «Parte segunda» de la *Relación* del viaje al estrecho de Magallanes, comprende tres puntos clave en los viajes científicos ilustrados: la noticia de sus precedentes, la descripción del «suelo, clima y producciones» del lugar, y el estudio de sus habitantes, además de un cuarto ítem destinado a exponer las conclusiones fundamentales. El primer punto tiene un interés limitado para nosotros: constatar el propósito reivindicatorio del viaje para la ciencia española, mediante la evocación y publicación de todos los viajes, españoles o no, al Estrecho, difusión que hasta entonces había impedido la Corona, «dejando olvidados y en poder del polvo los antecedentes diarios españoles, cuando habiendo cesado todos los motivos de ocultarlos sería tan honrosa su impresión como instructiva su lectura» (*Relación* 1788: 272). Sin embargo, la apertura del gobierno español a la Ilustración y a la realidad de la competencia colonial no llegaría tan lejos como para permitir que vieran la luz, unos años después, los papeles de Malaspina.

Los apartados segundo y tercero de la *Relación* del viaje al estrecho de Magallanes, tienen mucha más sustancia. Siguiendo al célebre Buffon, Alcalá Galiano y Belmonte —que son los autores de las descripciones básicas— optaron por una clasificación bipartita del territorio visitado: caracterizaron al Estrecho como un lugar de transición entre tierras altas y bajas, aquéllas originadas en «cataclismos antiguos», boscosas, húmedas y frías, abundantes en flora y fauna, y éstas engendradas por temblores y volcanes más recientes, secas, salitrosas y estériles,

<sup>8</sup> Sobre el apunte de Pozo, el pintor español Planes compuso el dibujo, existente en el Museo Naval (Madrid), luego reproducido en la edición de Novo y Colson de 1885 y en varias obras sobre Malaspina. La lámina muestra al cacique Junchar al centro y a Antonio Pineda dibujando a la izquierda. Las ilustraciones de la expedición Malaspina referentes al Río de la Plata y Chile fueron adquiridas por Bonifacio del Carril, que cedió posteriormente la parte chilena a Armando Braun Menéndez. Cfr. el interesante estudio de De Pedro 1995 sobre la iconografía de la expedición Malaspina.

ventosas e inútiles para la agricultura. Sin embargo, en las llamadas tierras bajas, que los autores extienden desde las «pampas de Buenos Aires» hasta el cabo Virgenes y el cabo Negro, en el Estrecho, vivían los robustos cazadores «patagones», casi prodigios de la naturaleza, mientras que las tierras «altas» de la vertiente occidental eran inhabitables por su humedad y frío extremos.

Con el mismo criterio y ya en el capítulo referido a los habitantes del extremo sur americano:

«Lo húmedo, y por consiguiente malsano de este clima es la causa de su corta población, que se compone de dos razas del todo diferentes: los que viven en la parte llana y los que habitan en la montuosa» (idem: 322).

Resulta más que interesante esta bipartición de los indios de la Patagonia meridional, por cuanto refleja la construcción prematura de una idea anfibológica de salvajismo —lo que hemos llamado el *buen salvaje* y el *salvaje-salvaje*— que derivaría más tarde en los conceptos de *bárbaro* y *salvaje* a secas, construcción que se realiza en la descripción de los caracteres físicos, usos y costumbres de unos y otros.

Los autores atribuyen a la imaginación frondosa de Pigafetta y Transilvano el presunto gigantismo de los «patagones»: «Cualquiera que se haya familiarizado con los autores del siglo XVI conocerá que no fue el de la filosofía. La erudición reina en aquel siglo, pero la crítica nació en el siguiente» (idem: 327). La actitud crítica frente a testimonios contradictorios en el contexto explicativo de una particular visión barroca de la naturaleza es lo que llevaba a Robertson, en su *Historia de América*, según señalan los cronistas del viaje al Estrecho, a dudar:

«...admirándose que cuando todos los animales no llegan a su mayor perfección sino en los climas templados y en donde las materias que los nutren llegan a la más agradable abundancia, la naturaleza haya reservado al ingrato clima del Magallanes y a una tribu errante de salvajes, ostentar el más alto honor del género humano distinguiéndolo por una estatura prócer y un vigor superior a los demás hombres» (idem: 323).

Estos bellos salvajes, los «patagones», «son unas tribus de salvajes errantes» (idem: 329). Se describen detalladamente sus vestimentas, pinturas faciales, adornos, monturas. Pero donde se termina de dibujar su imagen es en la explicación de su *carácter*, concepto inasible que engloba el campo psicoafectivo entero donde se juegan las relaciones interétnicas, que para este caso «se puede asegurar no es cruel ni bárbaro» (idem: 333). La antropofagia que les atribuían Cavendish y Gennes era una «injuria atroz». Tienen una «natural docilidad»; se presentan desarmados, porque «no conociendo la traición, no la temen». Respetan la propiedad. Conocen el comercio. Son sobrios: les repugnan el vino y el aguardiente. Son agradecidos. «Parece que reconocen algún género de subordinación». Su trato con los españoles de Buenos Aires, Chile y la costa patagónica es la causa de que les guste fumar y de que utilicen tanto objetos y armas como palabras españolas (idem: 333-335).

Pero es en la caracterización que cierra las páginas referidas a los tehuelches, donde se encuentra una pintura fiel del *carácter* de un pueblo bárbaro, no salvaje:

«Si la ignorancia de los conocimientos propios al género humano y de las comodidades y seguridad que ofrece una junta civilizada tan natural al hombre, no fuesen un obstáculo según nuestras ideas para ser feliz, pocos hombres se hallan en mejor proporción para llamarse dichosos y estar contentos con su suerte como los Patagones: disfrutan de los esenciales bienes de la sociedad sin sujetarse al sinnúmero de penalidades que una demasiado refinada trae consigo; gozan de una salud robusta hija de su sobriedad, y de que no conocen aquellos envenenados orígenes de tantos males, la gula y la lujuria; tienen una anchurosa libertad en satisfacer sus limitados apetitos, que no son más porque por fortuna suya son cortas sus ideas, y como el terreno que habitan les da espontáneamente su alimento, no acosados por un trabajo perpetuo y necesario, pasan los días felices en una tranquila ociosidad y reposo, que es su pasión dominante y el seguro fruto de la combinación de todas sus circunstancias, y no de ineptitud o natural estupidez, como han pretendido muchos» (idem: 336).

Es fácil ver cómo se cierra el círculo lógico que parte de la observación ilustrada del *buen salvaje*. Los tehuelches pueden ser «felices» —según la noción dieciochesca de felicidad— porque tienen «limitados apetitos» y «cortas ideas», y la austeridad impuesta por el medio en que habitan los hace virtuosos, casi ascetas. En este contexto, su «ociosidad y reposo» son síntoma de felicidad acabada. Según la moda primitivista, el retorno rousseauiano a la naturaleza propio del siglo, no sería necesario complacer las «comodidades y seguridades» de la civilización más avanzada para lograr la felicidad ilustrada, sino simplemente satisfacer las necesidades naturales, que son pocas y simples.

Sin duda, en torno del tema del carácter de los pueblos indígenas y su valor en los primeros textos etnográficos como plasmación de una visión del indio, se puede profundizar más aún. Seguramente, el etnocentrismo juega su papel en este punto. El indígena, cuanto más lejano al centro político, económico, cultural y étnico de la Metrópoli, menos conocido, y por lo tanto esa lejanía física se traduce en lejanía cultural, en extrañeza, en alteridad. Una vez más, el ejemplo para la contrastación de estas imágenes graduales y superpuestas como en un abanico, está en la documentación de Malaspina: cuando caracteriza a los huilliches vecinos a la isla de Chiloé, se preocupa por dejar bien claro que para él los rasgos de civilización visibles en ellos, como en los tehuelches, son aquellos que los acercan a la cultura colonizadora, y se deben al contacto con ella.

La cuidadosa descripción de las costumbres de los tehuelches que completa la documentación de la expedición Malaspina se orienta a consolidar su hipótesis acerca de la diferenciación entre los territorios controlados por el sistema imperial y los que no ofrecen ni atractivos ni peligros. En esa línea, a Malaspina le interesaba subrayar aquellas observaciones que sustentarían una teoría de la degeneración de los grupos humanos por obra del medio ambiente y las condiciones desfavorables de vida. Si la naturaleza humana es una y por lo tanto las «razas» más infelices reflejan un estado potencial de cualquier grupo, esa inadecuación a la naturaleza

puede provenir de la pretensión de asentarse en latitudes o medios que no brindan los requerimientos mínimos. Se trata de exponer *una ciencia del hombre geopolíticamente útil*.

Varias de las características observadas en los tehuelches descartaban la posibilidad de clasificarlos en los primeros escalones de la evolución cultural, bajo el estereotipo del salvajismo: «todo corrobora que sus costumbres no les hacen acreedores a la más remota denominación de salvajes» (Malaspina MS 1795b: 39). Tampoco sus creencias religiosas parecían tan primitivas: no adoraban «troncos informes», como decían otros viajeros, sino a «Kakenga-Zougen: Dios o la Divinidad [de] arriba». El «Diccionario de la lengua patagónica» ya mencionado, en la misma línea de valoración, presenta según sus autores palabras expresivas de nociones que los indígenas «han deducido de las voces que representan sus propiedades... y el modo de reunir las en un solo objeto, manifiesta desde luego un acopio no indiferente de ideas, y una facilidad de reunir las en nada semejante al discurso común de los salvajes» (idem: 40vta)<sup>9</sup>.

Otra cosa muy distinta de esta representación del *buen salvaje* es lo que tanto los expedicionarios al estrecho de Magallanes como los del «viaje alrededor del mundo» nos transmiten acerca de los canoeros de los canales fueguinos. En contraste directo con las reuniones con los tehuelches del cabo Vírgenes, Córdoba narra los encuentros con los habitantes del interior del Estrecho. Los observa en el Puerto del Hambre, en enero de 1786:

«[personas] cuya desnudez, hedor y estupidez hacían se mirasen con tanto horror como compasión, efectos naturales de la vida de estos infelices, que viven en la suma miseria, y en que ellos parecen estar contentos, sin duda por la corta extensión de sus ideas, pues careciendo de bienes que no conocen, no los echan [de] menos...

Parece que no los traía otro motivo que la codicia... pues el corazón humano que siempre lo mueve algún resorte, no podía tener otro en estas circunstancias, una vez que por repetidas experiencias se conoció que la curiosidad, que parece innata en los racionales, no ha hallado hasta el presente lugar en estos hombres» (Relación 1788: 34-35 y 38).

Más adelante, en la bahía de Gastón, el 30 de enero de 1786, se les acercan más de sesenta indios gritando «pecheri»:

«Eran semejantes a los que se habían tratado en el Puerto de la Hambre en lenguaje, vestidos y costumbres; no obstante manifestaban más viveza y vigor en sus acciones: mostraron la mayor indiferencia a la vista de unas cosas para ellos tan extrañas, y con la mucha familiaridad que después se tuvo con ellos en el Puerto de San José, se ratificó más y más la idea del estado miserable en que pasan su vida» (idem: 41).

En seguida de describir al *buen salvaje* tehuelche u ona, que pasa sus «días felices en una tranquila ociosidad y reposo», los redactores del viaje subrayan: «Aún se realza más la felicidad de estos naturales del Magallanes comparándolos con los de la parte montuosa que vamos

<sup>9</sup> Outes (1913) atribuía el vocabulario a Antonio Pineda.

a tratar» (idem: 336-337). Los habitantes de las «tierras altas» o de la vertiente pacífica, son denominados simplemente «indios», sin nombre propio:

Sólo son comparables... [con] los míseros moradores de la costa occidental de la Nueva Holanda.

No fue suficiente el largo y continuo trato que se tuvo con estos naturales, tanto en la bahía de la Hambre como en puerto Galán para haber podido averiguar alguna cosa positiva acerca de la religión y constituciones civiles... Siendo su método de vida tan brutal y sus sociedades tan cortas, no se pudo venir en conocimiento de más de lo que se presentaba a la vista... [Su] desnudez, estupidez e insoportable hedor hacía mirarlos con tanto horror como compasión... No es ponderable lo asquerosos que son... son en todo diferentes estos indios de los Patagones, pero semejantes enteramente a los que habitan la Tierra del Fuego» (idem: 337-338)<sup>10</sup>.

Su estatura era mediana, sin nada de la prestancia de los hombres del llano. El pelo era como la crin, no como el cabello humano. Usaban pinturas corporales que «aumentan su fealdad». Carecían casi de utensilios, y sus hábitos alimentarios y de vestimenta chocaban abiertamente a los europeos. Hablaban un idioma «ininteligible: no es muy abundante y enteramente gutural»; repiten la palabra «pecheri». La predisposición negativa de los españoles ante ellos llegaba a tal extremo, que los mismos hábitos que se consideraban virtuosos entre los tehuelches, se atribuían a vicios entre los qawáshqar. Por ejemplo, se mencionaba que eran pacíficos y que no robaban, pero no se atribuía a un «principio moral» sino a su inferioridad física. La «completa armonía» en que vivían, del mismo modo, era «efecto de la indolencia y pereza que llega al grado sumo entre ellos». Esa misma incuria hacía que no tuvieran curiosidad: «ninguna admiración les causaba lo que se les presentaba, ni aún procuraban examinarlo» (idem: 339-340).

La imposibilidad de comunicarse mediante intérpretes o de comprender mínimamente su lengua, hacía suponer a los expedicionarios que carecían de «constituciones civiles» —es decir, de orden social—, de gobierno y de religión: «Si la superstición es hija de la ignorancia, deben ser estos estúpidos indios en extremo supersticiosos» (idem: 351), pero ni siquiera de eso se tenía seguridad. Y en una larga cita textual de Bougainville, se explica:

<sup>10</sup> La impresión desagradable causada por los habitantes del extremo sur americano no es exclusiva de los españoles: además de Bougainville, repetidamente citado por ellos mismos, podemos mencionar al explorador inglés James Cook (Cook 1944: 52 y 64-66). El episodio a que alude Cook, en que murieron de frío dos de sus hombres durante una breve excursión, es expresivo de la inadaptación europea a ese medio ambiente. En su exposición están presentes todos los elementos básicos comunes a los expedicionarios europeos que abordaron Tierra del Fuego durante esa época: rechazo y repulsión física, extrañeza, incomunicación con los indígenas, inferencia de su salvajismo, y finalmente un intento de comprensión mediante el elogio de la vida sencilla. La cuestión del olor que provocaba en los indios el uso de aceite de lobo marino o foca para untarse el cuerpo y para beber, parece ser el obstáculo más fuerte para la cercanía física, tanto que un misionero franciscano (Pedro GONZALEZ DE ACUEROS, *Descripción historial de la provincia y archipiélago de Chiloé*, Madrid, Benito Cano, 1791) recomienda «pasar a barlovento» de ellos para poder mantener una conversación. Cfr. Crivelli Montero 1992 y Cárdenas et al. 1993: 75-77 y 125. Véanse también interesantes datos sobre varios de los autores de las observaciones citadas, en Valdevira González 1994.

«Si en el Universo existen hombres que se hallen en el estado primitivo de la Naturaleza, son sin duda estos indios de que acabamos de hablar, los más miserables y estópidos de las criaturas humanas, nacidos para gastar sus días errantes en unos desiertos horribles, sin otra habitación que una desdichada choza... casi en cueros vivos... Este triste objeto del estado rudo de la especie humana es la mejor respuesta a los extravagantes que disfrutando todos los bienes de la sociedad no cesan de declamar contra ella... Con todo, estos desventurados indios a quienes falta este conocimiento viven contentos sin extender la esfera de sus deseos más allá de los que pueden satisfacer» (idem: 351-354).

He aquí al hombre en *estado de naturaleza*, al *salvaje* puro: sin virtudes, sin sociedad, pero contento al fin porque también vive —o sobrevive— sin necesidades ni deseos.

En el segundo viaje de Antonio de Córdoba al Estrecho, inmediatamente antes de la expedición de Malaspina (Apéndice a la relación 1793), el impacto psicoafectivo parece haber sido un poco más favorable a los habitantes del estrecho de Magallanes —quizás es el toque personal del autor del diario, el astrónomo Ciriaco Cevallos, que acompañaba en su labor a Cosme Churruca—, pero las conclusiones pertenecen al mismo contexto explicativo. Ya en el primer contacto, al pasar el cabo San Isidro, los indígenas los recibieron «con alegría», pero —apunta Cevallos— «jamás creí que la naturaleza humana se pudiera presentar bajo un aspecto tan miserable». Los obsequios de rigor, les causaban «placer y admiración». Como señalaban al cielo, suponían en ellos alguna idea de Divinidad; de su respeto por un anciano presente, se infería una autoridad patriarcal. Su idioma seguía pareciéndoles a los españoles gutural y «monosilábico», pero hubo algún esfuerzo de interpretación: la famosa palabra «pissiri» parecía querer decir «hombre», tanto como «muchacho», «niño» o «hijo». Seguían pareciendo bastante indiferentes a los barcos y objetos europeos, pero dice el cronista: «Yo, antes de atribuir esta frialdad a su estupidez natural, me parece una consecuencia de sus pocas necesidades» (idem: 24-28).

La explicación final sigue dándose en los mismos términos: los viajeros pretendían dar cuenta del hallazgo material del *hombre de naturaleza* o salvaje en estado puro, admitido en representación ideal por la generalidad del mundo ilustrado. El concepto es otra vez mentado explícitamente en el diario del reconocimiento de la parte occidental del Estrecho, cuyo autor es Churruca: «Recibían con ansia las cuentas de vidrio, cintas, espejos y demás bagatelas que entre nosotros aprecian solamente los niños, y esta es una consecuencia precisa de la gran diferencia que hay entre el hombre culto y el que vive casi en el estado de la naturaleza» (idem: 58). El salvaje, según Churruca, atendía solamente a «lo que produce sensaciones gratas en sus órganos», y su escaso ingenio lo demostraba en la construcción de sus canoas, «pues los progresos de la industria humana siempre han seguido la ley de sus necesidades» (idem: 59-60). Un poco más adelante, el ilustre astrónomo es más explícito acerca de lo que ha observado en el extremo sur de América:

«Entre cerca de doscientos indios que he visto dispersos por las riberas del Estrecho, solamente he encontrado tres ancianos... Son varias las causas que cooperan contra los

tristes días de estos salvajes infelices: la gran facilidad con que satisfacen sus necesidades basta para hacerlos perezosos e indolentes; aún cuando no contribuyesen a ello, la impenetrable espesura de los bosques que habitan, la severidad del clima y su desnudez extrema, que les precisan a vivir perpetuamente junto al fuego, privados de todo ejercicio...; la humedad perpetua, en que están sumergidos... El aire maligno que exhalan las plantas en bosques húmedos y sombríos, es también perjudicialísimo... Y finalmente, su extraordinaria afición a la carne de ballena cruda y corrompida no puede dejar de causarles enfermedades de consideración. Por otro lado se observa también que el hábito y la educación no los endurece mucho al frío, pues siempre están tiritando, aún en medio del estío...» (idem: 89-90).

Siempre de acuerdo con una imagen más gradualista pero igualmente determinista de la naturaleza, Malaspina también afronta la clasificación de los pobladores de Tierra del Fuego. A tal punto era progresista su perspectiva de las culturas, que la existencia de los onas cazadores de guanacos, a todas luces emparentados con los tehuelches de tierra firme, la explica mediante la sospecha —acertada, según los estudios actuales (Massone 1990: 137)— de que en un tiempo no demasiado lejano la Isla Grande fueguina habría estado unida al continente. Lo importante para el autor era, a través de una lectura crítica de los viajeros que lo precedieron —son infaltables las citas de Cook y de Bougainville—, reforzar su hipótesis políticamente útil de la inhospitalidad del extremo sur del continente y de la inadaptabilidad de sus pobladores a cualquier forma de vida y de trabajo en un contexto colonial europeo.

Excepto el sector oriental de la Tierra del Fuego, que queda al abrigo de los vientos más fuertes y que da lugar a la vegetación que describe Cook<sup>11</sup>, los otros parajes de la isla:

«... están destinados para siempre a ser un objeto de aborrecimiento para la producción animal terrestre.

En efecto, los pocos infelices que habitan estas regiones, y que a pesar de su corto número necesitan errar hasta casi el archipiélago de Chonos haciendo tal vez un objeto de discordias y de guerras ese mismo alimento que entre riscos y olas les expone con unas canoas endebles a infinitos riesgos y fatigas, parecen subsistir allí contra los dictados de la misma naturaleza; todo denota que ese suelo les es extraño, que han realmente degenerado de los caracteres indicativos de la clase del hombre pasando a una estupidez que no le es natural» (Malaspina MS 1795b: 45)<sup>12</sup>.

<sup>11</sup> Cook (1944: 69-71) habla de montes y costas «cubiertas de hermoso verdor», impresión divergente de la que había recogido Anson, quizás en otras condiciones climáticas. A la subjetividad de cada observador debemos agregar la relatividad de ciertos términos, como cuando —de acuerdo con la sensibilidad de la época— los españoles califican de «desiertos horribles» a los frondosos bosques del occidente de Magallanes. Malaspina hace expresa referencia aquí a Cook: debía ser una de las obras que llevaba a mano.

<sup>12</sup> Nota 17 a pie de página del manuscrito: «Cuánto no se afianza no obstante en estos mismos hombres, la calidad esencial del instinto sociable, que Ferguson atribuye a nuestra especie, como la de correr al galgo, la fiereza al león, etc.! *Essay upon the history of civil society*.» Adam Ferguson estudia en la obra citada por Malaspina, de 1767, el desarrollo de las civilizaciones sobre supuestos ambientalistas similares a los de Montesquieu; se lo considera precursor de Adam Smith y de la sociología.

Describiendo los canales fueguinos:

«... el número de los pecheris [*sic*] no resultaría mayor de unos seis mil. Los chonos y demás familias de la costa occidental apenas pueden suponerse de uno a dos mil.

No es aquí extraño un examen del origen de estos indios, pues que realmente debe interesar mucho al filósofo la existencia violenta de su especie en un paraje en donde todo convidaba a arredrarla....

Los pecheris, de resultados de alguna reyerta considerable, o tal vez de una falta extraña de sustento... pasaron a la Tierra del Fuego... y... parecieron estúpidos en el paralelo de 54° con el mismo abandono que en el paralelo de 44 sólo los representaría como ignorantes.

Es luego cuestión difícil de resolver de dónde dimanen los chonos... [que] ni varían de alimento aunque necesiten buscarle entre mil peligros y fatigas. ¿No es ésta la misma estupidez de los pecheris?» (idem: 45vta.)<sup>13</sup>.

##### 5. Una necesidad política: fijar los límites del Imperio

La caracterización y la valoración que hacía Malaspina de los indígenas de la Patagonia y Tierra del Fuego, debemos situarlas en el contexto de los objetivos políticos de su viaje, al mismo tiempo que las referimos al estado contemporáneo de la ciencia del hombre. La expedición se propuso una indagación política acerca del estado del imperio, y la tarea científica quedaba claramente subordinada a ese fin. En primer lugar, la imperiosa necesidad de obtener un panorama coherente de la situación política de sus dominios, y de formular una prospectiva favorable a la continuidad del orden colonial establecido, acotaba fuertemente el margen de especulación de Malaspina. Si logró lo primero, presentando a América como un todo inteligible, no consiguió lo segundo, porque su honestidad intelectual lo llevó a señalar francamente los vicios constitutivos y las contradicciones inherentes al sistema tal como lo vio. En segundo lugar, esa necesidad de precisión analítica empujaba a Malaspina, como bien expresó a su regreso en España, a *definir los límites, a marcar el hasta dónde de la potencialidad real político-administrativa del imperio*. Y en este escenario, la incipiente ciencia del hombre resultó ser un instrumento adecuado para una delimitación de zonas aprovechables y de zonas desechables, de hombres asimilables y de salvajes irredimibles, siempre en el marco de la búsqueda de la felicidad pública perdida: de la adecuación de la utilidad política al orden natural.

Me he explayado en las citas textuales de la documentación final de Córdoba y de Malaspina porque considero de gran valor algunas de sus hipótesis, que están expresadas en un lenguaje sumamente conciso y deben ser apreciadas en sus términos originales.

---

<sup>13</sup> A los alacaluf o qawáshqar (autodenominación esta última que significa «gente»; cfr. Cárdenas et al. 1993: 55), habitantes por entonces de la vertiente del Pacífico entre el canal Beagle y la isla de Chiloé, Malaspina los llama, extrapolando el nombre de dos parcialidades, chonos si son del norte del Estrecho y pesherä —o pecharis— si son del sur. Los enu o pesherä habrían sido bautizados así por Bougainville, que confundió en ellos a todos los fueguinos y creyó ver un pueblo enteramente imbecil, llamándolos pechary, voz de origen incierto. Cárdenas et al. afirman que Bougainville habría tomado contacto con un grupo selk'nam u ona que repetía la palabra «pektchewé», que significa «extranjero» en su lengua y en la de los qawáshqar.

Las formulaciones observacionales de los expedicionarios ilustrados en el campo de lo estrictamente etnológico, se acercan notablemente a los conocimientos generalizados en los ambientes científicos de su época y aún anticipan explicaciones consensuadas por la comunidad científica mucho después. Los viajeros científicos alimentaron la impresión de salvajismo irredimible que cubría a los qawáshqar desde los viajes de Bougainville y Cook, y la dotaron de aparente científicidad al explicarla desde el determinismo geográfico y el etnocentrismo. Sin embargo, su lectura global de la comparación etnográfica entre los distintos pueblos indígenas de la Patagonia, Tierra del Fuego y costa del Pacífico hasta Chiloé, presenta una imagen de tipo evolucionista al distinguir el salvajismo de los qawáshqar, la barbarie de los tehuelches, onas y chonos y la civilización, aunque sea potencial, de los tehuelches más cercanos a las zonas habitadas por criollos y europeos. Tendríamos que llegar hasta el norteamericano Morgan (*The Ancient Society*, 1877) para ver definitivamente aceptada esta idea de la unicidad de la prehistoria humana y su explicación, desechada la tesis de la degradación, desde una idea de progreso realizado en etapas sucesivas de salvajismo, barbarie y civilización.

En su entusiasmo especulativo, Malaspina se aventuró en el campo aún poco conocido, en su época, de la historia del poblamiento de América. De acuerdo con la teoría de la degeneración, que suponía que los más débiles iban siendo arrinconados y relegados a las latitudes más inhóspitas por los pueblos de más reciente llegada y mejor dotados, buscó una explicación para el estado penoso de los qawáshqar en su posible desplazamiento hacia el sur por los pueblos cazadores. En definitiva, cobra más valor el párrafo final del manuscrito de Malaspina: hayan sido quienes hayan sido los antepasados de los indígenas de Tierra del Fuego y la Patagonia, lo cierto es que esas eran tierras en las que ningún europeo podía aspirar a habitar. La advertencia para la corte de Madrid y para las demás de Europa estaba hecha.

Ya de vuelta en España, al planificar la publicación de la documentación reunida en el viaje, Malaspina formuló su hipótesis acerca del defecto básico del sistema colonial español fundado en la minería, «industria semejante a la del jugador» (Malaspina 1795a: 364) y propuso un orden de análisis:

«En nuestro plan todo el continente de América, del cual se ha hecho mención aquí, debía manifestarse por medio de cartas geográficas, las cuales separasen, en primer lugar, las posesiones nuestras de las extranjeras, y entre aquellas dividiesen, aún a la vista del menos reflexivo, los países de misiones y los que habitan los pueblos salvajes, de los que siguen radicalmente y sin violencia nuestras costumbres, nuestra religión y nuestras leyes. Esta separación... dictaría por sí sola cuáles son las misiones que deben promoverse, cuáles los terrenos que pueden poblarse...» (idem: 366-367).

Cabe acotar que esta referencia a la cartografía se encuentra incluida en la explicación de lo que sería la sección referida a los indígenas de la Patagonia. De la clarificación de los límites exteriores del imperio saltarían a la vista los límites interiores en sentido geográfico. El cono-

cimiento claro y distinto generaría los postulados del «deber ser» del orden político de América:

«Confundiéronse indistintamente con el nombre de América los países desiertos de la parte meridional, las poblaciones colocadas sobre las cumbres más altas de los montes, y las que gozaban del convenio y navegación de la orilla. Confundiéronse los países sujetos a nuestras leyes con los que habitaban los salvajes aún no domesticados...

... aún ignorábamos los límites del Imperio... ni había cálculos ni medidas que alcanzasen a definir rectamente cuál era la influencia de las Colonias sobre la Matriz.

Demostrado que la Nación era pobre al tiempo de la Conquista; que sus esfuerzos militares en América no pudieron causar su despoblamiento y debilidad;... ni siquiera las guerras de Flandes e Italia... es preciso, finalmente, indagar una causa de la cual dimanase rectamente la despoblación, la pobreza y el desorden natural de España; y esta causa no es otra, en mi entender, que la posesión ilimitada y la gobernación desordenada de América» (idem: 373-374 y 376).

Malaspina proponía, entonces, límites claros y precisos para la expansión colonial, dictados por su concepción del orden natural en estrecha correlación con un orden político racional. En el manuscrito definitivo, aludiendo a los papeles de la expedición de la fragata Santa María de la Cabeza, fundamenta la cuestión de los límites del imperio español en la hipótesis de la geografía bipartita de la Patagonia y en la teoría de la degeneración humana:

«Todo concurre a demostrar que realmente es fundada la sospecha de los señores [Alcalá] Galiano y Belmonte, que el terreno oriental a la Cordillera desde el morro de Santa Agueda, verdadero principio de esta cadena majestuosa, hasta la latitud de 40° próximamente, es un terreno seco... causa de una disposición en estas tierras adversa no menos a la población que a la vegetación feliz de las plantas farináceas.

Se ha prefijado por término de esta calidad de terreno el paralelo de 40° no porque diferenciase a la verdad considerablemente el que le sigue al norte bajo el nombre de Pampas hasta casi los confines del Tucumán y del Paraguay, sino más bien porque fecundizado éste a lo menos en la inmediación a las orillas del mar por los ríos Negro, Diamante, Colorado y Salado, cuya dirección es casi de oeste a este, es susceptible de cultura, admite algunos depósitos de agua dulce, y desde luego es más oportuno para la población y para la multiplicación de los ganados....

Una superficie de esta especie [la Patagonia] debe ser precisamente despoblada. Constituidos los que la habitan a una vida errante por falta de agua y por falta de la agricultura... son casi sordos a los halagos de la sociedad y a los enlaces del amor...

Los patagones deben pues considerarse como únicos habitantes del país ya descrito y que comprende todas las tierras orientales de la Cordillera desde los 40° hasta el estrecho de Magallanes y morro de Santa Agueda...» (Malaspina MS 1795b: 36-36vta)<sup>14</sup>.

<sup>14</sup> El «morro de Santa Agueda», bautizado así por Sarmiento de Gamboa, es la prominencia que culmina en el cabo Froward, punto extremo sur del territorio continental americano, en la península de Brunswick, estrecho de Magallanes. Se lo identifica en la *Relación* 1788: 38, 119, 281 y 292.

En este texto científico inédito en la época, Malaspina agregaba a la bipartición «tierras altas» - «tierras bajas», la caracterización con ciertas peculiaridades o especificidades de la zona norpatagónica: era un sector no habitado aún por hispanocriollos pero regularmente conocido, cultivable y habitable hasta los 40° de latitud en el este de la Cordillera y hasta los 44° en el oeste (incluyendo así, sobre el Pacífico, a la isla de Chiloé)<sup>15</sup>.

Aún más, como ya señalamos, Malaspina se animó a construir, a partir de la observación de las lenguas indígenas, una hipótesis sobre las etapas del poblamiento primitivo del Cono Sur americano:

«... Tal vez un examen prolijo nos conduciría a la sospecha de que la Cordillera ha sido la división natural de las rutas que han seguido los pobladores de la América: los occidentales parecen pescadores y cultivadores; los orientales cazadores y errantes: se reúne la especie en el Reino de México» (idem: 36, nota 20).

De acuerdo con esta premisa, los pueblos examinados en Tierra del Fuego serían los primeros pobladores de la vertiente occidental, rechazados hacia los extremos más inhóspitos por grupos más recientes. Y cerró su especulación con una conclusión adecuada al propósito inicial:

«Pero sean los que fueren los ascendientes de estas dos naciones, patagónica y guayguénes, desde luego debemos considerarlos únicos habitantes del continente austral desde los 44° de latitud hasta el cabo de Hornos, habitando los patagones la parte llana y oriental de la Cordillera, y los guayguénes la parte montuosa y escarpada del occidente de la misma cadena de montañas nevadas.» (idem: 46)

## 6. Conclusión

Las expediciones españolas del siglo XVIII al estrecho de Magallanes y a la Patagonia caracterizaron a los habitantes de estas regiones como *salvajes* o como *bárbaros* (o «buenos salvajes»), expresando una *visión gradualista y evolucionista* de sus culturas. En el contexto político de la necesidad de fijar los límites del imperio, esta conceptualización se convirtió en *políticamente útil*. En lo inmediato, su utilidad consistió en legitimar la decisión de abandonar la Patagonia, constatando la inhabitabilidad —para el hombre civilizado— de esos ambientes ecológicos. En una perspectiva más amplia, sustentaría la mirada negativa que pesó sobre la Patagonia hasta el último cuarto del siglo XIX.

## 7. Referencias bibliográficas

ACOSTA, José de

1577 *De procuranda Indorum salute.*

<sup>15</sup> En sus ideas acerca de la relación entre medio ambiente y poblamiento, Malaspina dice seguir al abate de Saint-Pierre, *Etude de la nature*, Bruselas, 1788 (Malaspina MS 1795b: 46, nota 22).

- 1589 *Historia natural y moral de las Indias, en que se tratan las cosas notables del cielo, elementos, metales, plantas y animales dellas; y los ritos y ceremonias, leyes y gobierno y guerras de los indios.*

Apéndice a la relación...

- 1793 *Apéndice a la relación del viaje al Magallanes de la fragata de guerra «Santa María de la Cabeza», que contiene el de los paquebotes «Santa Casilda» y «Santa Eulalia» para completar el reconocimiento del Estrecho en los años de 1788 y 1789.* Madrid: Ibarra.

ARIAS DIVITO, Juan Carlos

- 1992 «El redescubrimiento de América». *Nuestra Historia* 39-40: 184-195. Buenos Aires.

BERNAL, John D.

- 1979 *Historia social de la ciencia*, vol. 1. Barcelona: Península.

BOIA, Lucian

- 1997 *Entre el ángel y la bestia. El mito del hombre diferente desde la Antigüedad hasta nuestros días.* Santiago de Chile: Andrés Bello.

CARDENAS A., Renato, Dante MONTIEL VERA y Catherine Grace HALL

- 1993 *Los chono y los veliche de Chiloé.* Santiago de Chile: edición de los autores.

COOK, James

- 1944 *Relación de su primer viaje alrededor del mundo durante los años 1768, 1769, 1770 y 1771*, tomo 1. Madrid: Espasa-Calpe.

CRIVELLI MONTERO, Eduardo

- 1992 «Los primeros contactos». *Todo es Historia* 303: 8-29. Buenos Aires.

FALKNER, Thomas

- 1774 *A Description of Patagonia, and the Adjoining Parts of South America.* Hereford: Pugh.

GERBI, Antonello

- 1943 *Viejas polémicas sobre el Nuevo Mundo (Comentarios a una tesis de Hegel).* Lima: Banco de Crédito del Perú.

GONZÁLEZ MONTERO DE ESPINOSA, Marisa

- 1992 *La Ilustración y el hombre americano. Descripciones etnológicas de la expedición Malaspina.* Madrid: CSIC.

GORDON CHILDE, Vere

- 1973 *La evolución social.* Madrid: Alianza.

LEHMANN-NITSCHKE, Robert

- 1914 «Noticias etnológicas sobre los antiguos patagones recogidas por la expedición Malaspina en 1789». *Boletín de la Academia Nacional de Ciencias XX*: 103-112. Córdoba.

MALASPINA, Alejandro

- 1789-1794 «Navegación de las corbetas». En: Malaspina 1938.
- 1795a «Plan para escribir su viaje». En: Malaspina 1938.
- [MS] 1795b «Suelo de las costas de la tierra patagónica e islas Malvinas, algunas noticias de los patagones y demás habitantes de la costa hasta Chiloé (Madrid, 1795)». British Library (Londres), Additional Manuscripts, 17789 y 17603, 3ª parte del documento.
- 1938 *Viaje al Río de la Plata en el siglo XVIII. Reedición de los documentos relativos al viaje de las corbetas Descubierta y Atrevida e informes de sus oficiales sobre el Virreinato, extraídas de la obra de Novo y Colson*. Buenos Aires: La Facultad.

MALASPINA, Alejandro y José BUSTAMANTE Y GUERRA

- 1788 «Plan de un viaje científico y político alrededor del mundo, remitido al Excelentísimo Señor Don Antonio Valdés, Ministro de Marina, por los capitanes de fragata Don...». En: Malaspina 1938.

MARTINIC B., Mateo

- 1991 «El hábito de fumar entre los aonikenk». *Anales del Instituto de la Patagonia, Serie Ciencias Sociales* 20: 19-28. Punta Arenas.

MASSONE M., Mauricio

- 1990 «El poblamiento humano aborigen de Tierra del Fuego», en *Culturas indígenas de la Patagonia*, Jorge Roberto Bárcenas, ed., pp. 131-144. Madrid: Turner/Sociedad Estatal Quinto Centenario.

MATEO, Fernando

- 1991 «Introducción», en *Los orígenes de la antropología*. Buenos Aires: CEAL.

MONCE MARTÍNEZ, Fernando

- 1992 «La historia natural y moral en la obra de A. J. Cavanilles». *Revista de Indias LII-195/196*: 693-721. Madrid.

NAVARRO FLORIA, Pedro

- 1994 *Ciencia y política en la región norpatagónica: el ciclo fundador (1779-1806)*. Temuco: Universidad de La Frontera.

NOVO Y COLSON, Pedro (editor)

- 1885 *Viaje político-científico alrededor del mundo por las corbetas Descubierta y Atrevida, al mando de los capitanes de navío don Alejandro Malaspina y don José de Bustamante y Guerra desde 1789 a 1794*. Madrid: Abienzo.

OUTES, Félix F.

- 1913 «Vocabularios inéditos del patagón antiguo». *Revista de la Universidad de Buenos Aires* vol. XXI: 474-494.

PEDRO, Antonio E. de

- 1995 «El indio americano en la expedición Malaspina: imágenes del otro y lecturas propias», en *Visión de los otros y visión de sí mismos*, Fermín DEL PINO y Carlos LÁZARO, coords, pp. 157-183. Madrid: CSIC.

PINO DÍAZ, Fermín del

- 1975 «Antropología y colonialismo: anotaciones para el caso español». *Revista Española de la Opinión Pública* 42: 145-155.
- 1978 «Contribución del padre Acosta a la constitución de la etnología. Su evolucionismo». *Revista de Indias* 153-154: 507-546. Madrid.
- 1980 «La expedición Malaspina y la etnología», en *Catálogo de los dibujos, aguadas y acuarelas de la expedición Malaspina, 1789-1794*, Mercedes PALAU DE IGLESIAS. Madrid: Ministerio de Cultura.
- 1982 «Los estudios etnográficos y etnológicos en la expedición Malaspina». *Revista de Indias* 169-170: 393-465. Madrid.
- 1992 «Indianismo, hispanismo y antropología. Acerca de la identidad autóctona de los indios de América». *Revista de Indias* 195-196: 825-838. Madrid.

POMER, León

- 1991 «Imaginaciones del descubrimiento y la conquista». *Todo es Historia* 292: 8-24. Buenos Aires.

PRATT, Mary Louise

- 1992 *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Bernal (Bs. As.): Universidad Nacional de Quilmes.

PRIEGUE, Celia Nancy

- 1971 *La información etnográfica de los patagones del siglo XVIII en tres documentos de la expedición Malaspina (1789-1794)*. Bahía Blanca: Universidad Nacional del Sur.

[*Relación* 1788]

- 1788 *Relación del último viaje al estrecho de Magallanes de la fragata de Su Majestad Santa María de la Cabeza en los años de 1785 y 1786, extracto de todos los anteriores desde su descubrimiento impresos y manuscritos y noticia de los habitantes, suelo, clima y producciones del Estrecho*. Madrid: Ibarra.

SALA CATALÁ, José

- 1991 «La ciencia en las comisiones de límites hispanoportuguesas: su proyección internacional», en *Estudios (nuevos y viejos) sobre la frontera*, Francisco de SOLANO y Salvador BERNABEU, coords, pp. 277-287. Madrid: CSIC.

SCHILLAT, Monika

- 1993 «Los gigantes patagónicos». *Todo es Historia* 309: 60-66. Buenos Aires.

VALDEVIRA GONZALEZ, Gregorio

- 1994 «La contribución de los marinos ilustrados del siglo XVIII al progreso de las ciencias sociales». *Revista de Historia Naval* 45: 7-19. Madrid.